

Padres y hermanos

Cementerios de neón

ANDRÉS FELIPE SOLANO

Tusquets, Bogotá, 2016, 199 págs.

EN EL núcleo de la última novela de Andrés Felipe Solano están las relaciones de amor y de odio entre cuatro hombres de dos generaciones, relaciones que pasan, en un constante juego de permutaciones, por la admiración, la solidaridad, la rivalidad y la rebelión. Los lazos de sangre entre ellos no son el vínculo fundamental—aunque un personaje es tío del narrador—, pero sus vidas ejemplifican muchos de los complejos y contradictorios matices de la paternidad y de las relaciones entre hermanos.

Cualquiera de los vértices de este cuadrángulo puede servir para iniciar su descripción. Se puede empezar, por ejemplo, por Agustín Salgado, a quien todo el mundo, incluida su familia, conoce como Capitán. Veterano de la guerra de Corea, a donde viajó en 1951 como parte del batallón de infantería colombiano que hizo parte de la respuesta de los aliados de Corea del Sur a la invasión del ejército comunista del Norte, bajo el comando de las Naciones Unidas. El Capitán regresa a Colombia y, después de una carrera con altibajos en el ejército, se convierte en un empresario relativamente exitoso que construye piscinas para fincas de recreo.

El siguiente personaje es el maestro Moon. Originalmente oficial de enlace entre el batallón de infantería colombiano y las tropas coreanas y estadounidenses, Moon hace buena amistad con el entonces teniente Salgado y lo ayuda a maniobrar, no solo en los episodios de combate, sino en los quizá más confusos encuentros y desencuentros entre dos culturas con pocos puentes entre una y otra. Con el paso de los años, la política y la guerra fría traen a Moon a Colombia y su vínculo con el Capitán se renueva, quizá con el mismo afecto, pero con sombras de actividades ocultas y secretos. Moon termina por dirigir una conocida academia de taekwondo, especie de consulado coreano no oficial, en los años setenta y ochenta.

Después está Salgado, que lleva la voz narrativa de la novela. Se trata de

un sobrino del Capitán (por el lado materno, pero decide usar ese apellido porque es huérfano de padre). Ha crecido admirando a su tío y bajo su atención. Gracias a la influencia del Capitán y a las relaciones de Moon, consigue una beca para estudiar en Corea y al comienzo de la historia lo encontramos en Seúl, en mitad de la treintena, bastante solo, sin empleo definido y en dificultades matrimoniales y con sus parientes políticos.

Finalmente, está Vladimir Bustos Niño, un muchacho cucuteño pobre, ambicioso y acomplejado, para quien las artes marciales se convierten en una obsesión y en alternativa vital. Vladimir tiene que luchar por todo lo que para Salgado es gratis o superfluo: el ingreso a la academia de taekwondo, la atención del maestro, una beca en Corea; desde el comienzo, la relación entre ambos es de una intensa rivalidad y está teñida de rencores y envidias, pero con la secreta conciencia de que solo el otro valora adecuadamente los logros y las frustraciones de sus respectivas existencias.

La primera parte de la novela es la mejor. Salgado recibe una inesperada visita del Capitán, que regresa a Seúl medio siglo después de haberla visto por última vez. El Capitán tiene la misión de encontrar a Vladimir, quien consiguió llegar a Corea e intenta chantajear al maestro Moon para tener cómo sostenerse en su país ideal. Solano describe la búsqueda de Salgado y el Capitán siguiendo las recomendaciones de Alfred Hitchcock, quien afirmaba que lo que debe captar la atención del espectador (o del lector) no es la cosa que se busca, sino el cómo llegar a ella.

Esta sección del libro lleva a los lectores por una ciudad extraña y hostil, en un recorrido que trasmite mucho del exotismo de una ciudad oriental ultramoderna, individualista y mercenaria, sin que el relato caiga jamás en los lugares comunes de una guía para viajeros o en los comentarios de visitante ocasional. Es evidente que el autor vive en la ciudad que eligió como escenario de la narración, que ha captado y comprendido sus particularidades y que es un guía discreto, hábil y alerta con respecto a los detalles que desacomodan o atraen de manera especial a los occidentales,

en particular, a los colombianos que llegan a ese lugar tan remoto, visto desde Colombia.

La segunda parte de la novela lleva a los lectores al pasado del Capitán y de Moon desenterrando episodios de la vida de este último que lo hacen vulnerable a los chantajes de Vladimir y que explican su distanciamiento gradual del Capitán. Esta sección “histórica” de la novela es más débil que la anterior. Los recuerdos de los personajes y las circunstancias de sus aventuras resultan más o menos inertes y es difícil aceptar que pudiera traerle consecuencias la amenaza de develar las vagas conspiraciones en las que se vio envuelto Moon en los primeros años de su vida en Bogotá y que estas fueran tan graves como para justificar la semiheroica peregrinación de su antiguo camarada de armas.

Lo que sugiere, curiosamente, esa segunda parte es la reflexión de que la guerra de Corea—que, como todos los conflictos armados, muy seguramente fue la experiencia vital más profunda de quienes la vivieron en carne propia y de sus allegados cercanos—no dejó huellas duraderas en el subconsciente colectivo colombiano. Hasta el monumento a los caídos en esa guerra, la pagoda conmemorativa de la gratitud de Corea del Sur a la contribución colombiana en su conflicto, se trasladó desde un sitio muy prominente de Bogotá, donde estaba desde 1973, a un lugar prácticamente privado en el campus de una universidad militar, sin mayor preocupación de la ciudadanía.

En ciertos aspectos, *Cementerios de neón* se queda un poco corta para poderla calificar como gran novela: si se la juzga con los parámetros de los relatos de detectives o de la novela negra, la trama resulta un poco deleznable y prácticamente todos los componentes del relato se desvanecen sin la sombra de un clímax o de una sorpresa final. Mirado como un relato psicológico, el libro tampoco alcanza a convencer completamente: los trazos definitorios de los personajes son dispares, sus motivaciones, difusas y muchos eventos que parecen definirlos no terminan de desarrollarse en la historia.

No obstante, el libro tiene varios atractivos fuertes que ratifican que Solano es uno de los escritores con

mayor potencial de su generación: el ritmo narrativo es impecable, siempre bajo control del autor, que nunca falla en transmitir la mirada aguda y original con la que percibe el mundo; los diálogos son igualmente convincentes y se integran con agradable naturalidad en el relato, prueba que no superan muchos escritores locales. Por estos motivos, leer la más reciente publicación de Andrés Felipe Solano es una buena manera de acortar el tiempo que falta para que nos dé a conocer la gran novela que, se espera, producirá más pronto que tarde.

Alberto de Brigard